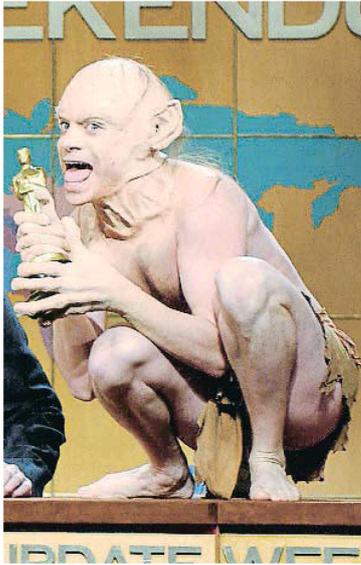


**NOTA**

El próximo sábado día 17 no se publicará el suplemento 'Cultura/s'. 'La Vanguardia' ofrecerá ese día un amplio suplemento dedicado a Barcelona y sus retos actuales.



## Lo que vale un Oscar

Llevarse una estatuilla dorada que ponga *Mejor película* cuesta mucho dinero y esfuerzos, como bien sabe Harvey Weinstein, que perfeccionó el arte de la campaña para ganar un Oscar. Pero, cada vez más, sirve para menos, por lo menos en términos económicos. Apenas existe ya un efecto Oscar que pueda notarse en la taquilla, puesto que muchos estrenos pasan a estar disponibles en streaming legal 75 días después de su estreno en cines, y eso sin contar con las descargas ilegales. El intento de la Academia de hacer un lustro de aumentar el número de nominadas para tratar de acortar la brecha entre el cine de éxito y el cine premiado tampoco parece haber servido de mucho. La ganadora del año pasado, *Moonlight*, fue solo la número 92 en el ranking de películas más vistas en Estados Unidos. La última vez que una ganadora del Oscar a la mejor película fue también la más popular fue en el 2003, con *El señor de los anillos*.

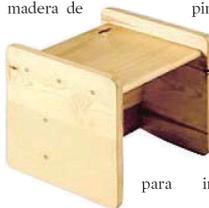
## La agitada vida de Edna O'Brien

Robert Mitchum fue su amante, Jackie Onassis le dijo que era una de sus "tres personas preferidas en el mundo", Lawrence Olivier e Ingrid Bergman asistían a sus fiestas. ¿Jane Fonda? Una amiga cercana, lo mismo que Michael Haneke y su colaboradora habitual Isabelle Huppert. Para ser una *Chica de campo*, como se titulan sus memorias, que publica ahora en España Errata Naturae, la irlandesa Edna O'Brien ha llevado una vida de lo más agitada y en la historia de su vida hay lugar para las monjas que la educaron pero también para Sean Connery, Paul McCartney, Gore Vidal y la princesa Margarita, con los que se ha cruzado en algún momento de sus 80 años bien aprovechados. La autora, que este año ha sido reconocida con el premio PEN/Nabokov, sólo se calla una cosa: el nombre del importante político británico con el que tuvo un affaire y al que bautiza como Lochinvar.



## El hombre que convenció a la burguesía para que tirara la cómoda de la abuela

Mucho antes de Ikea, de las ubicuas réplicas de Jacobsen que llenan las cafeterías y de la invasión de muebles supuestamente nórdicos que consisten en combinar madera de



para introducir una

estética escandinava en las casas, por lo menos en las que quedaban por encima de Diagonal. Un reciente congreso en el Museu del Disseny sobre diseño y franquismo ha recordado la figura de Jordi Vilanova (1925-1998), interiorista y dueño de una tienda en la calle Ganduxer que convenció a la burguesía catalana para que escondiese los bibelots y diese una oportunidad a la madera sin tratar.



## latidos

# Ponç a la suya y sin concesiones

Mar Corominas convivió con Joan Ponç desde 1971 hasta 1984, fecha de su muerte. Habían contraído matrimonio un año antes, tras el fallecimiento de la primera esposa del pintor y cuando él ya estaba muy enfermo. Posteriormente Corominas se ha ocupado de difundir su obra, aunque tuvo una relación conflictiva con el hijo del artista a propósito de la herencia, y, muerto éste, con los representantes de su nieta. No ayudó que ella se llevara sin permiso ("un error") unos cuadros que consideraba suyos y después devolvió.

Ahora, coincidiendo con las cuatro exposiciones que han celebrado en Barcelona la obra de este gran surrealista y fundador del grupo Dau al Set, Mar Corominas publica *Caminando con Joan Ponç*, jugoso retrato humano que publica Agathos Ediciones y que es uno de esos libros que iluminan una trayectoria artística mejor que diez tesis doctorales.

Empiezan a verse en Cadaqués, donde Ponç vive aún con su primera esposa. Luego se instalan en Olot, en una casa de Jordi Curós. "Se había buscado una mujer joven inmadura y Joan era intransigente. El gritaba y yo le contestaba sin amedrentarme". Tras una trifulca, el pintor sale dejándola encerrada; ella empieza a descargarse por el balcón. Ponç vuelve a tiempo de evitar una caída. Habilitan unas ruinas en las alturas de La Roca, cerca de Camprodon. "No era un lugar amable, pero a

**"Pari, pari! Pinto dimonis, i si me'ls treu, què vol que pinti?", le dijo al cura que quería bendecir su casa**

quien le importaba la amabilidad". Caballetes, mesas de dibujo y el gato Butzo deambulando sobre los lienzos. El cura del pueblo se acerca un día a bendecir la casa y Ponç se alarma: "Pari, pari! No ho pot fer. M'enfonsaria el negoci. Pinto dimonis, i si me'ls treu, què vol que pinti?".

Corominas recuerda que Ponç "siempre iba a la suya, sin miramientos ni concesiones. Obviaba lo que no le interesaba, que era todo lo que no tuviera relación con la pintura". Se relajaba jugando a las cartas, el billar y el ajedrez. "Le gustaba traspasar los límites, los sociales los que más, y si podía escandalizar, mejor". Tal vez por eso se llevaba muy bien con Dalí.

Por el libro desfilan Baltasar Porcell – con quien no llega a puerto el proyecto de hacer un libro junto a Cui-xart y contra Tàpies –, y otros amigos como Racionero, Senillosa o Lucía Bosé. Ella cocina y ayuda a Ponç en sus proyectos, lleva vida de compañera de artista y lo justifica sin complejos y en términos que algunas feministas le reprocharían. "Acepté finalmente volverme sombra y esponja, capté la esencia de aquel vivir. De retorno de una vida estaba el hombre por el que sentía admiración y que representaba la pasión absoluta por la vida y por el arte". Con él, recapitula, "había vivido intensamente, ¿qué más podía desear?".

SERGIO VILA-SANJUÁN



pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER  
PressReader.com +1 604 278 4604  
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW